

**Título:** *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*

**Autor:** Gaizka Fernández Soldevilla

**Editorial:** EDITORIAL TECNOS

**Año de edición:** 2016

**Páginas:** 368

**I.S.B.N.:** 978-84-309-6844-2

JOSETXO ÁLVAREZ

Máster en Seguridad, Paz y Conflictos Internacionales  
CESEG – Universidade de Santiago de Compostela

<https://orcid.org/0000-0002-1109-7245>

[haitzgorri@gmail.com](mailto:haitzgorri@gmail.com)

## **LA HISTORIA COMO DEBER CÍVICO**

El final de la convulsión violenta que ha vivido nuestro país con la agonía de ETA está trayendo a la palestra una cantidad importante de libros sobre esta temática. No todos buscan contar lo ocurrido; en demasiadas ocasiones, de manera sesgada y parcial, se trata de autojustificaciones o apologías. ¿Qué hacer con nuestro pasado? Fernández escribe "Tanto el olvido voluntario de nuestro pasado (por omisión) como la asunción acrítica del relato del "conflicto vasco" o de la equidistancia (por acción) suponen legitimar los cimientos intelectuales del terrorismo etarra: los mitos matan". Bien lo explica Teo Uriarte, que sabe del "problema vasco" más por lo que ha observado, leído y meditado, que por haber formado parte del "problema". Aunque pocos pretenden una reflexión global, creo que este nuevo libro sí, y en ello radica su interés. Fernández satisface a quienes buscan

informaciones capaces de ayudarnos a interpretar el pasado reciente en la búsqueda de las raíces históricas de la violencia de ETA.

No es tarea fácil, pero es un empeño encomiable, que además va aderezado de una prosa ágil, fácil y accesible, a pesar de no ser una obra de divulgación. ¿Es este libro una "contribución al escenario"? Si esto fuera así, se leería en los ámbitos abertzales, donde realmente pudiera provocar una reflexión interesante, pero mucho nos tememos que no. La historia contada no puede ir contra la educación emocional de las gentes (superestructura), ya que somos más lo que sentimos que lo que pensamos. No hay casi colegio donde no se enseñe la metáfora y breve canción de Loretxo de Benito Lertundi *Loreak esan nahi dio umetxo aska nazazu jaio naiz libre izateko ta ez loturik egoteko. Umetxoak ikusirik lorea ezin bizirik arantzak kendu nahi dizkio bizi berri bat eman.* (La flor le quiere decir "niño, libérame, pues he nacido para ser libre no para estar atada". Viendo el niño que la flor no puede vivir, le quiere quitar las espinas para darle una nueva vida). Vivimos entre valores, la mayoría nada inocentes. A pesar de que para convivir necesitamos espacios indefinidos políticamente y plurales, para asimilar no. Otro de los efectos del terrorismo que ha permitido desarrollar en nuestro País las superestructuras (en el sentido marxista), están en función de los intereses del grupo dominante: el nacionalismo, sin ninguna oposición.

Este joven historiador vasco, desde un minucioso análisis inicial de Euskadiko Ezkerra, ha ido ampliando su campo de visión a toda transición vasca, dando cada vez más frutos su estudio de los años 70 y 80. Como autor ha publicado *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, *La calle es*

*nuestra: la Transición en el País Vasco (1973-1982) y La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA.* Es coautor, junto a Raúl López Romo, de *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*. Hasta ahora Gaizka Fernández había analizado el final de la violencia, ahora se adentra en los orígenes del terrorismo en Euskadi, tomando en cuenta tanto los factores externos (la dictadura franquista, el retroceso del euskera, la llegada de inmigrantes, la pasividad del PNV, los movimientos anticoloniales, etc.) como los internos (los antecedentes lejanos de Aberri y Jagi-Jagi, el influjo de los grupúsculos ultranacionalistas del exilio, el choque intergeneracional, el imaginario bélico de ETA, su evolución ideológica y organizativa, etc.).

Se abre el libro con un capítulo a modo introductorio dedicado a desmontar la estrategia del nacionalismo en torno a la Historia, especialmente la idea de conflicto y sus repercusiones. Para ello repasa la retórica utilizada en diferentes épocas, desde Sabino Arana hasta la "guerra" con España de ETA. El segundo capítulo, *De Aberri a ETA (1921-1978)*, el timo de la continuidad histórica, es decir, de la pretendida búsqueda de las raíces del actual nacionalismo radical en la república y el exilio. Lo que sí es común a ETA, al antiguo Yagi y a los mendigoixales es la visión dogmática de la realidad. Los encuentros, el tercer capítulo, aborda los rescoldos de la Guerra Civil o, mejor, cómo se contó y qué es lo que se cuenta, y los efectos que tuvo ese relato. Sorprendentemente hoy la guerra en el País transcurre entre 1936 a 1937, ¿11 de meses de guerra? Se idealiza como gesta. La guerra contra España 1936-37 ha calado como interpretación dominante.

El capítulo cuarto se centra en la *figura del traidor*. Denominación fatal casi siempre asignada por los

verdugos. Analiza, en diversos momentos históricos, heterodoxias al dogma o a la pistola, junto a casos de infiltración reales, como el de Lobo, o presuntos. *La pureza demoniaca* que llamó Yoyes. La idea religiosa está siempre presente, en este caso la de persecución, persecución que reforzaba el "Gutarrak", los nuestros. La construcción nacionalista de la actual hegemonía sociocultural en Euskadi se ha fundado en la tacha de españolismo, que llevaba aparejada la condena ante la comunidad nacionalista (ocurrió con el grupo musical Oskorri en los 70), más tarde la exclusión desbordó a los calificados como "españolistas", para alcanzar a todo el mundo anti-ETA (ocurrió con el cantante Imanol Larzabal) ayer mismo, ya en el siglo XXI. El maniqueísmo catolición que exige la adhesión inquebrantable, los malos y los buenos, es un discurso que sigue perversamente vivo en una sociedad tan plural y mixta como en la que estamos viviendo.

La quinta parte del libro tiene por título *El simple arte de matar*. Es el corazón argumentativo. Después de repasar en la historia del siglo XX la necesidad de justificación de la guerra imaginaria, establece una interesante tesis: Txabi Etxebarrieta decide por su cuenta matar al guardia civil José Antonio Pardines. Posiblemente la culpa la tenga la "sociedad", pero la decisión personal es la que toman individualmente todos y cada uno de los militantes de ETA cada vez que han actuado. Han soslayado el dilema moral del individuo, evitando así su propio drama humano. Pero tarde o temprano aparecerá, en cuanto afloje el militarismo y el militantismo, la responsabilidad moral e individual. Es una incógnita lo que ocurrirá cuando desaparezca la mística del gudari encarcelado, aunque es necesario ayudar a que ocurra cuanto antes: aplicar la legislación, acercarles a la familia, evitar el

sufrimiento innecesario. Los dos siguientes capítulos continúan repasando de la historia de la relación con la violencia de las izquierdas abertzales durante la transición. El seis se centra en el País Vasco y el siete en el resto de Galeuska. Termina el libro con las heterodoxias, que no han sido pocas, aunque de ellas se da una imagen pesimista. En mi opinión se obvia su importancia clave en la configuración institucional del País. En los dos Estatutos el de 1936 y el de 1979 su papel ha sido fundamental. Seguramente el estancamiento de posteriores proyectos, a pesar de la sentencia de muerte que pesa sobre el texto actual desde 1998 (Joxe Elorrieta: el Estatuto ha muerto), haya tenido que ver con la falta del guía indio de que hablaba Mario Onaindia, del "facilitador" que han sido los heterodoxos. No tengo duda de que esa vertiente del nacionalismo sigue existiendo, aunque no lo haga organizativamente. Quizás ideas federativas y abiertas como las que denota Podemos sepan dar cobijo y forjar un espacio colaborativo como fue Euskadiko Ezkerra, donde ciudadanos y ciudadanas libres con identidades diversas, mixtas y plurales se dedican a pensar como convivir.

¿Hacer patria o hacer historia? Es una de las preguntas que surgen de la lectura del libro. La creación de la nueva historia vasca, en una carrera por adaptar la misma a las necesidades políticas y de influencia en la opinión pública contemporánea, ha sido un instrumento muy efectivo de proselitismo. Y en política es más efectivo el mito que la realidad, como sugiere el texto. La continuidad del relato creado no responde a la historia real, pero como tal se ha asentado en el imaginario de la ciudadanía. Así nos encontramos con un pueblo de 6000 años en el que la cueva de

Santimamiñe, la batalla de Orreaga, el castillo de Amaiur, Guerras carlistas, los gudarís de ayer y hoy, la guerra con España tienen una continuidad "clara". Las versiones historicistas alumbradas como instrumentos de propaganda política se han convertido en las que conforman el imaginario y el callejero de la mayor parte de los vascos y de las vascas. La necesidad de justificación histórica... es una obsesión, en la que ahora toca el turno a Navarra, el Navarra-Estado, Euskadi Nafarroa da. Cada vez se ven más banderas navarras en las manifestaciones abertzales. Hace unos días Otegi mencionaba que el independentismo está en disposición de luchar por ser hegemónico (está de moda Gramsci) en el país. Entre otros aspectos su lucha por conseguirlo también se dirime en la historia. Ello no significa que haya razones sobradas para la independencia, ¡si la sociedad vasca lo estima conveniente! Pero que no se utilice a la historia. ¿Por qué no en base a los deseos ciudadanos (revolución francesa)?, ¿por qué siempre necesitamos del mito fundacional? ¿Conseguirá este libro que se revisen los odios? Es la otra gran pregunta que suscita: La educación emocional. Las emociones estructuran la experiencia humana del mundo y por ello el sujeto no se forma tanto por una interpelación a la mente como por un rito iniciático de incorporación a la arcadia vasca. Las creencias podrán ser verdaderas o falsas, razonables o no, pero lo importante es que las emociones llevan asociadas una valoración sobre lo que está bien y lo que está mal. El nacionalismo apela a emociones: el sentimiento de pertenencia a un grupo, la solidaridad, el miedo, el revanchismo, el odio al «otro», el deseo de emulación, etc. No son aleccionados en la secular opresión, esta no se estudia..., se mama, se vive (San Mames: Español el que no bote), bien se señala en

este libro a Monzón, icómo emocionaba saltando de Zumalakarregi a Etxebarrieta pasando por Agirre! Ese es el sentido más "profundo" de la historia. El esfuerzo de Fernández en desmontar el mito es encomiable, riguroso e interesante. Realmente es imposible entender quiénes somos si construimos un sujeto histórico a medida de los intereses políticos. Pero la pregunta es ¿quién va a leer este libro? Mucho me temo que va a estar más en el museo de los esfuerzos inútiles que en la desangeladas y parciales baldas de historia de la Biblioteca municipal de Igorre. La conclusión del primer capítulo es clara, allí Gaizka toma partido, sería bueno que lo hiciesen más. Y quizás lo mejoremos si evitamos la equidistancia y la omisión también en nuestras lecturas de historia. Me dejo el tintero a medias, en esta lamentable afición que ha surgido por la batalla del relato, pero el hambre no era el problema, el problema era la educación. ¡Qué pan le estamos dando al Alma! Finalmente, hay que desear que Gaizka Fernández siga desentrañando esa época de la transición. A los demás os invito a aceraros a este libro con sus verdades incomodas y necesarias.